

rez, con liberales ó sin ellos, con los Estados Unidos ó sin ellos. Ya no se necesitaba de la doctrina Monroe para desmoronar el Imperio; bastaba con la *doctrina de la miseria*. De esa situación no podía salir más que una catástrofe. El Imperio no necesitaba para morir que lo atacasen; la muerte estaba en sus entrañas; él solo se desplomaba por la acción de la gravedad, como un globo al que se escapa el gas. Nuestra historia financiera de desórdenes y absurdos estaba de luto, Maximiliano la hacía aparecer racional al lado de las finanzas imperiales. Los gobernantes mexicanos habían perdido el primer lugar en la escala de los desquiciamientos políticos, administrativos y sociales. Maximiliano había opacado el negocio Jecker y las finanzas de Miramón.

## QUINTA PARTE

### LA JUSTICIA

#### CAPÍTULO I

##### PRESENTACIÓN DE GRANDES CULPABLES

Hay cuatro clases de naciones. Las que tienen un gobierno emanado de su voluntad. Las que accidentalmente tienen un gobierno opuesto á su voluntad; pero que son capaces, una vez derrocado éste, de recobrar sus fuerzas, recomponerse y gobernarse por sí mismas. Las que son impotentes para tener voluntad política; pero que viven tranquilas bajo un gobierno secular tradicionalista que insensiblemente las conduce á su ruina; tipo Persia. Y por último, hay naciones que no tienen voluntad política; pero que marchan sensiblemente por la vía del progreso, conducidas con más ó menos miramientos por una minoría despótica y civilizadora.

En todo país católico en que el clero es muy rico y la sociedad muy pobre, el gobernante inflexible é intransigente de ésta es el clero. Todos los partidarios del clero, que lo son toda la clase un poco rica, tienen que sostenerlo por convicción ó por interés. El clero no cede más que por la violencia. El único partido ó facción posible para romper la dominación clerical, tiene que ser violento, despótico, de combate. En esta clase de sociedades, los moderados son una decoración moral; sólo los exaltados pueden llegar al poder.

Una vez victorioso, el partido progresista queda imposibilitado de hacer la paz por la conquista moral de la población y de sus adversarios vencidos, si no tiene dinero. Este era el período en que se encontraba México en 1867.

Almonte presentó á Napoleón á México como una nación de las de segunda clase; capaz de gobernarse por su voluntad, pero afligida por una demagogia que se lo impedía. Presentaba un carro sólido, perfectamente construído, ocupado por un cargamento riquísimo; pero detenido por una tranca entre sus ruedas. Bastaba quitar el obstáculo para que el carro recobrase su rápida marcha y llegara á su glorioso destino. Napoleón odiaba las demagogias y con cuánto placer debía acoger la oportunidad de destruir una *jacobinera* de primera clase. ¿Qué costaba tan benéfica obra? Casi

nada. En México había una gran parte de la población sana que deseaba ardientemente la monarquía y sólo pedía *un punto de apoyo* para sublevarse como un océano y arrojar á su pequeña plebe de tiranos estriados por sus inauditos vicios. La sangre francesa no podía correr, ni aun la mexicana; la horda Juarista tenía que rodar del poder poniéndole un dedo en cualquiera parte; pero ese dedo debía ser Francia, el dedo de un poder moral y material casi infinito. El costo de la expedición lo pagaría México sin vacilar, sin contar, sin reprimir su gratitud; podía pagar, mejor que con francos, con minas inagotables de oro y plata, á razón de una mina por zuavo. Lo único que costaría á Napoleón la expedición, era un poco de generosidad; mas la Francia tenía en su historia depósitos colosales de ese sentimiento.

Por otra parte, México era un deudor importantísimo al pueblo francés, le debía numerosos millones y reparaciones por agravios tremendos, de aquellos que emponzoñan el perdón de las naciones más generosas y lo matan irremisiblemente. México podía pagar sus inmensas deudas de honor y de millones, porque era sano y portentosamente rico; pero sus tiranos se lo impedían. Destruídos éstos, los súbditos franceses podían ser pagados inmediatamente con la largueza que impone la gratitud en los pueblos noblemente apasionados.

No hay acreedor cruel que no esté dispuesto á hacer un pequeño sacrificio para facilitar el pago á sus deudores. La expedición tenía, pues, un aspecto glorioso y un aspecto de gran conveniencia. La benevolencia y la justicia se desplegaban para servirle de alas y atravesar los sombríos espacios de la censura, donde se agitaban las oposiciones interior y exterior.

La causa de la Intervención se explica ingenuamente por los acontecimientos que la prepararon, la desenvuelven y la consuman, sin recurrir á cavilaciones sobre la adquisición del Véneto, el dique á los Estados Unidos, la posesión de Sonora, la ruptura del istmo de Tehuantepec. Napoleón III acogió el proyecto de la intervención precisamente porque no era un problema diplomático, ni político, ni militar, ni social; era un acto sencillo, natural, fácil, sin consecuencias, sin complicaciones, sin amarguras; imposible de comprometer en nada grave y en cambio podía dar resultados grandiosos, incalculables, sublimes é imprevistos. Contando con el Imperio mexicano como aliado fiel, íntimo é inteligente, México podía ser la base de operaciones para sostener á los insurrectos de los Estados Unidos. Podía la gratitud mexicana, una vez feliz la nación, soltar un poco de territorio, podía recompensar concesiones comerciales é industriales, bancarias, ferrocarrile-

ras. Podía dar lugar al agradecimiento de la casa de Austria y á una combinación para que Francia obtuviera el Véneto, darlo á Italia y recibir de ella una ó dos provincias italianas colindantes con el territorio francés. El negocio era excelente; se prestaba á grandes resultados sin comprometerse; todas las probabilidades eran de ganar mucho y ninguna de perder. No tenía caída y sí muchos elementos para levantarse y para proporcionar bienes sorprendentes é inesperados. Napoleón no fué torpe, ni malvado, ni ridículo al decidirse á intervenir en los negocios de México en virtud de los datos que le habían dado los interesados en la expedición. Napoleón tampoco fué ligero aceptando datos falsos para emprender una obra importante: Napoleón era César, y en esta posición es muy difícil que un hombre oiga y vea con sus propios ojos y sus propios recursos. El castigo de los Césares es dominar á todos los hombres de bien, excepto á sus aduladores malvados, que en la mayor parte de los casos son los que verdaderamente ejercen el despotismo.

\*  
\*\*

El que se reconoce con derecho para intervenir con las armas en país ajeno, reconoce necesariamente el derecho de ser intervenido en el suyo. El

que apela á la intervención como derecho, aclama la vulnerabilidad de su propia soberanía. Para Napoleón III el derecho de intervenir era moral y políticamente imposible. La dinastía imperial fundada por Napoleón I había sucumbido por el derecho de intervención, los bonapartistas lo habían condenado con energía, llamaban traidores á los que solicitaron la intervención contra el primer imperio y la denominaban « **la horrenda traición de 1814** ». Proclamando Napoleón III el derecho de intervención, se hacía despreciable ante su propio partido ó hacía despreciar á éste por toda Francia. Intervenir era deshonar la dinastía napoleónica, denunciar su ilegitimidad, arrojar el decoro imperial á las oposiciones para que lo hicieran astillas. Napoleón III, según decían sus enemigos, no era más que el hombre de su crimen, el sobrino de un condotiero usurpador. El bonapartismo tenía que desaparecer en la lógica y en la veneración que aun le profesaba el pueblo francés. El obstáculo para intervenir en México un bonaparte era, pues, política y moralmente insuperable.

Pero Almonte había asegurado que no se necesitaba usar del derecho de intervención. Bastaba con el de *reclamación armada*; todavía más, no se necesitaba que las armas reclamantes fueran francesas. Cualquiera que fuese el *punto de apoyo ar-*

*mado*, el gran partido monarquista mexicano tenía que levantarse como una tempestad para derrocar á la vil demagogia, y ese mismo partido, levantado y vencedor, no teniendo á quien ofrecer el trono, se empararía en honra aclamando al príncipe que le designara Napoleón.

Salvado así, tan ingeniosamente, el obstáculo, se presentaron los aliados reclamantes reunidos en Veracruz. El gran partido monarquista no se levantó y los reclamantes pidieron permiso para internarse, el que les fué concedido. Entonces los representantes de Francia cometieron un acto in calificable. Introducir dentro de las líneas enemigas franqueadas por la generosidad del gobierno mexicano á los enemigos de este gobierno, para que conspirasen y trataran de sobornar á sus tropas. Pero ni aun así se levantó el formidable partido monarquista, á pesar de que se le daban dos puntos de apoyo: las armas francesas y la felonía de sus jefes.

Entonces Saligny, en combinación con Almonte, se vió en la necesidad de apelar al **derecho de reclamación** en una forma odiosa. Se le exigieron á Juárez numerosos millones por créditos ni siquiera presentados al presunto deudor; todavía más, se hizo una reclamación por créditos que ni siquiera habían sido presentados á los reclamantes, y se exigió el pago inmediato ó la destrucción del

deudor. Para esquivar la deshonra del bonapartismo con el derecho de intervención, se apeló á un principio feroz, desconocido en la historia, principio denunciado por Julio Favre en el Cuerpo legislativo : « **mata á tu deudor cuando no pueda pagarte** ». Roma en su barbarie había dicho : « Haz esclavo ó vende al deudor que no te pague ». Napoleón hacía retroceder á Francia hasta el canibalismo : el vencedor se come á su prisionero de guerra que sólo puede pagarle con su demacrada carne. El pueblo francés sintió entonces que la expedición de México lo ensuciaba. Fué preciso decirle que la expedición tenía otro fin, un fin muy alto, un fin napoleónico, más que generoso porque surgía nada menos que de las ideas napoleónicas. Francia preguntó entonces cuál era ese fin; pero como en realidad no lo había, el Ministro Billault habló mucho para convencer á Europa sin quererlo de que el gobierno había puesto su prestigio en la cuerda floja y su habilidad debajo de una colosal aberración.

Es cierto que Napoleón III había querido colocar en el trono de México á Maximiliano desde fines de Septiembre de 1861, para algo, con un objeto provechoso para su dinastía; pero ni él mismo sabía para qué. El curso de los acontecimientos debía indicárselo y, antes de ser derrocado Juárez, los acontecimientos nada indicaban. Napoleón no

había pensado para obrar, obraba para pensar; por consiguiente, sus ideas napoleónicas tanto para México como para Francia no fueron preconcebidas.

Se ordenó á las tropas francesas que operando siempre generosamente marchasen sobre Puebla, centro venerable de monarquismo é intervencionismo; las flores debían caer sobre las gorras turcas de los zuavos; así lo aseguraron Saligny y Almonte al general de Lorencez.

\*  
\*\*

Ya he dicho, y probado con numerosos é irrefutables documentos, que Napoleón III nunca engañó al partido clerical mexicano ofreciéndole una restauración eclesiástica. Tampoco Maximiliano la ofreció, como lo prueba el hecho siguiente : Monseñor Meglia, nuncio del Papa, en su nota primera á Maximiliano le dice : « Puesto que de este proyecto (del concordato) no se había jamás hecho mención á la Santa Sede ni al episcopado mexicano; por el contrario se le habían dado otras esperanzas y lisonjeras promesas (1) ». En estas palabras, el clero afirmaba que había sido engañado, puesto que había recibido lisonjeras prome-

(1) Monseñor Meglia al Ministro D. Fernando Ramírez, 29 de Diciembre de 1864.